



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

UNA ESCALERA AL CIELO

MARIO MENDOZA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: © Francisco Villa

© 2012, Mario Mendoza

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13:978-958-42-3324-0

ISBN 10:958-42-3324-6

Primera impresión: julio de 2013

Segunda impresión: diciembre de 2014

Tercera impresión: agosto de 2015

Cuarta impresión: marzo de 2017

Quinta impresión: marzo de 2018

Sexta impresión: enero de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

MARIO MENDOZA (biografía)

Nació en Bogotá en 1964. Ha publicado las novelas *La ciudad de los umbrales* (1992), *Scorpio City* (1998), *Relato de un asesino* (2001), *Cobro de sangre* (2004), así como *Los hombres invisibles* (2007), *Buda Blues* (2009), la obra testimonial *La locura de nuestro tiempo* (2010), *Apocalipsis* (2011) y *La importancia de morir a tiempo* (2012). Con el libro de cuentos *La travesía del vidente* obtuvo en 1995 el Premio Nacional de Literatura del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá. Ganó el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral con la novela *Satanás* en 2002.

*Hay cosas más importantes en la vida
que vivir mucho tiempo.*

PAUL AUSTER

*A veces piensas que estás descendiendo, y en
verdad estás en camino hacia el cielo. Sólo asciende
el que sabe primero bajar sabiamente.*

RICARDO MONTEMAYOR

ÍNDICE

La fiesta.....	13
Historia en la habitación 804	29
Edward Hopper: Salón de belleza al atardecer	49
Una escalera al cielo	61
Ésta es tu noche	73
El mago	91
La revolución.....	105
La prueba.....	129
Leonardo Sinisterra.....	145
El enigma.....	157
El asesino	183
Cuento de Navidad	201
La Vorágine	203
El bailarín	219
El segundo aire.....	229

LA FIESTA

La historia comienza una tarde de enero de 1998. Los recortes de periódico que guardé muestran un atardecer grisáceo y lluvioso en un barrio del suroriente de Bogotá. Los reporteros afirman que ese día Felipe, un muchacho de dieciocho años sin antecedentes penales ni sospechas de pertenecer a las bandas juveniles de los barrios miserables del sector, regresó a su casa a las cinco de la tarde y estuvo conversando con su hermana menor, de quince años, hasta más o menos las seis de la tarde. Según la declaración de uno de los vecinos, a las seis y quince se le vio por las calles aledañas conversando con algunos amigos y escuchando en el parque música rap en una grabadora vieja y destaralada. Volvió a casa a las siete y media para cenar con su madre y su hermana, y se enteró, en medio de lágrimas y frases de desesperanza, de una noticia que lo hirió y lo humilló en su dignidad adolescente: el dueño del restaurante donde laboraba su madre la había echado del trabajo a mediodía sin un preaviso, sin pagarle los días correspondientes y las prestaciones legales; así, como quien saca a la calle a patadas un perro hambriento e indefenso.

—No conseguiré trabajo —dijo la madre en voz baja—. Estoy muy vieja para que me contraten.

Felipe terminó amargamente el plato de sopa y se quedó mirándola con dulzura, como si en ese justo instante los papeles se hubieran invertido y ella necesitara de su cariño y de su comprensión.

—Tranquila, mamá, no llore —le dijo con seguridad—. Yo consigo lo de la comida y para los gastos de la casa.

Se puso la chaqueta, la besó en la frente y salió a recibir el aire frío de la noche mientras apretaba los dientes con fuerza para que no se le notara la ira y la indignación contenidas. Deambuló por el barrio al azar, atravesando las calles con la mirada fija en la oscuridad de la noche. Pensó en su madre y en su hermana. Sería fuerte en la adversidad, pondría a prueba el coraje y la valentía de su afecto hacia esas dos mujeres abandonadas a la deriva de un hogar sin padre. Él era ya un hombre y había llegado el momento de demostrarlo.

Bajó por la calle principal del vecindario hasta la casa de Magdalena, su novia, y tocó a la puerta intentando ocultar su alteración. Una de las ventanas del segundo piso se abrió y apareció la cabellera abundante de Magdalena.

—Espérame, ya bajo.

—No, no bajas.

—¿Por qué?

—Estoy de afán.

—¿El señor ministro no tiene tiempo? ¿Qué te sucede?

Felipe retira unos cabellos de su frente y toma aire abriendo la boca en una mueca de rabia contenida.

—Echaron a mi mamá del trabajo.

—No puede ser.

—Está hecha pedazos.

—Espérame y hablamos con calma.

—No, no bajas. Ya me voy.

—¿Y cuál es el afán?

—Voy al centro, a buscar a Pedro.

—¿A Pedro?

Felipe no contesta. Baja la cabeza y se queda mirando la fachada de la casa en silencio. Magdalena habla con una voz protectora y maternal.

—Él no te conviene, Felipe. Tú lo sabes.

—Es mi amigo.

—¿Vas a pedirle dinero prestado?

—Voy a pedirle que me ayude a conseguir empleo.

—¿A él?

—Sí, tengo que trabajar.

—No te vayas a meter en problemas.

—No te preocupes.

Magdalena abre los ojos con coquetería, sonrío y se inclina sobre el marco de la ventana.

—Te tengo una sorpresa.

—¿A mí?

—Sí, a que no adivinas cuál es.

—No estoy para adivinanzas.

—Enmarqué tu cuadro y se lo mostré a mi profesor de arte en el colegio.

—¿Qué dijo?

—Que tenías mucho talento. Estoy feliz. Me dio una lista de universidades públicas donde puedes estudiar.

—Luego hablamos de eso.

—¿Mañana?

—Mañana, te lo prometo. Ahora lo que necesito es un trabajo.

—Sí, entiendo.

—Nos vemos mañana por la tarde.

Magdalena baja la voz y mira a Felipe con ternura.

—Te quiero, no lo olvides.

—Yo también. Nos vemos mañana.

—Adiós.

Magdalena cierra la ventana y Felipe desciende por la calle con las manos entre los bolsillos.

Durante una hora viajó en un bus mugriento y ruinoso, hasta que reconoció la zona céntrica y comercial del mercado popular de San Victorino. Bajó del autobús y se internó en la muchedumbre nocturna y peligrosa del sector. Cruzó la Avenida Caracas hacia el occidente y pronto dejó atrás las bicicleterías y los almacenes de repuestos de automóviles. Se detuvo cerca de la antigua estación de

trenes e ingresó en un bar oscurecido por una luz rojiza y tenue. Varias mujeres humildes en minifalda y con escotes insinuantes atendían las mesas. Pedro estaba detrás del mostrador. Lo reconoció enseguida por su aspecto de hippy de los años sesenta: el cabello largo, la barba crecida y descuidada, y en el centro del pecho resplandecía, en una camiseta sin planchar, una fotografía estampada de Ernesto Che Guevara.

—Pedro, qué tal...

—Lo veo y no lo creo.

—¿Cómo va todo por aquí?

—¿Desde cuándo los chicos buenos visitan los sitios de los chicos malos?

—Pasaba por aquí y me dio por saludarte.

—¿Quieres un trago, hermano? La casa invita, como en las películas.

—Una cerveza es suficiente.

Pedro, sonriente, colocó la botella recién destapada sobre la mesa del mostrador.

—Dime, para qué soy bueno.

—Sólo quería saludarte.

—No me creas idiota. Tú no vendrías aquí entre semana sólo a saludarme, y menos aún a las diez y media de la noche. Dime qué necesitas, tranquilo.

—Echaron a mi madre del trabajo.

—¿Y?

—Necesito dinero. Es urgente.

—¿Quieres un préstamo?

—No tengo con qué pagarlo... Necesito conseguir el dinero por mí mismo... Esta noche.

—¿Has pensado en algo?

—Un taxi.

Una mujer se acercó a Pedro y pidió una botella de aguardiente para la mesa seis. Pedro colocó en una bandeja una botella de aguardiente Néctar, dos copas, una jarra de vidrio con agua y un recipiente con tres limones grandes cortados en cruz. Le entregó la bandeja a la mujer y Felipe alcanzó a escuchar cuando le decía:

—Sácale cinco mil pesos más y los repartimos entre los dos.

La mujer asintió sonriente. Pedro regresó al lugar donde estaba Felipe bebiéndose la cerveza.

—Ten cuidado. Todo depende de la persona que elijas. Si es un taxista experimentado y va armado, la cosa se te puede complicar. ¿Es tu primera vez?

—Sí, hermano, y estoy cagado de miedo.

—Tranquilo. Vamos a hacer lo siguiente: voy a prestarte un revólver descargado y voy a esperarte hasta que llegues. Tienes que actuar por aquí cerca, en el sector, y apenas tengas el dinero sales corriendo y buscas las calles menos iluminadas y menos concurridas. ¿Eres rápido?

—Sí.

—No te alcanzarán. Si vienen siguiéndote no te preocupes, entras de todos modos al bar y yo te saco por una puerta secreta. Nadie se dará cuenta... ¿Qué dices?

Felipe bebió lo que quedaba de la cerveza y respondió:

—Está bien. Dame el revólver.

Pedro sacó de una gaveta un objeto negro cubierto por un pañuelo, indescifrable a primera vista, y lo puso sobre el mostrador. Felipe lo cogió y lo introdujo en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Gracias.

—No te doy balas para que no te metas en problemas mayores. Lo necesitas sólo para amedrentar al tipo.

—Bien, nos vemos.

—Recuerda, aquí estaré esperándote hasta la madrugada. Cualquier problema que tengas, intenta llegar hasta aquí. Yo te pondré a salvo. Si vienes herido yo te curo. Tengo un botiquín, material de primeros auxilios y medicinas. No vayas a un hospital.

—De acuerdo.

—Y domina el miedo... Domínalo o te jodes.

—Gracias por todo, hermano.

—Chao.

—Adiós.

Felipe salió a la calle y caminó por la Avenida Jiménez hacia el oriente. En la Avenida Caracas dobló a la izquierda y siguió caminando hacia el norte cabizbajo, con las manos

en los bolsillos de la chaqueta, ensimismado y sin percibir nada de lo que sucedía a su alrededor. Cruzó la zona de tolerancia atiborrada a esa hora de prostitutas y travestis, y se detuvo en el puente de la Calle Veintiséis. «Tengo que calmarme», se dijo en voz baja. Tomó aire y lo exhaló lentamente por la boca.

Un taxi se acercó. Felipe puso cara de muchacho amable e ingenuo, y extendió el brazo para llamar la atención del taxista. El carro se detuvo justo enfrente de él. Divisó a través del vidrio de la ventana la cara de un anciano bonachón con aspecto de abuelo arruinado. «No, éste no, está peor que yo», se dijo mentalmente. Abrió la puerta y le explicó al viejo:

—No, gracias. Acabo de darme cuenta de que no tengo dinero suficiente.

El abuelo sonrió comprensivo.

—Lo siento, hijo. Otro día será.

Felipe cerró la puerta y vio alejarse el automóvil. Esperó unos minutos y divisó el inconfundible color amarillo: un Chevette con las llantas anchas y los vidrios oscuros. Generalmente esos taxis pertenecen a choferes que conocen el oficio a fondo. Recordó las palabras de Pedro: «Si es un taxista experimentado y va armado, la cosa se te puede complicar». Lo dejó pasar. Unos segundos después vio un taxi Renault 12 e hizo la señal de parada. El carro frenó. Felipe se acercó y abrió la puerta. Vio un hombre de edad mediana, bajo, obeso y con una expresión en el rostro de amabilidad y cordialidad.

—¿Para dónde vas, muchacho?

—A la Estación de la Sabana.

—¿En la Avenida Jiménez?

—Sí, aquí cerca.

—Es un sitio peligroso...

—Sí, señor.

—Súbete. Lo que marque el taxímetro más la tarifa nocturna, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

Felipe subió y cerró la puerta con suavidad. El hombre siguió derecho, por la Avenida Caracas hacia el sur. En la Calle Veintidós, mientras detenía el auto para respetar el semáforo, comentó:

—Pobres mujeres. Con este frío y trabajando en minifalda... El Estado debería hacer algo.

—¿Es usted casado?

—No he tenido la desgracia —respondió el hombre sonriendo—. De pronto más adelante, nunca se sabe.

—¿Y trabaja siempre por la noche?

—Sólo a veces. Es muy peligroso.

La luz verde apareció en el semáforo y el carro arrancó. Felipe metió la mano dentro de la chaqueta y palpó el metal frío y abultado. Sentía la camisa empapada en sudor. «Tengo que calmarme», se dijo por segunda vez.

—¿Está nervioso? —preguntó el hombre mirándolo por el retrovisor.

—Acabo de enterarme de algo desagradable en mi casa.

—¿Se puede saber de qué se trata?

—Mi madre llevaba diez años en un restaurante y la echaron hoy a la calle en las horas de la tarde. Está muy vieja y no conseguirá empleo.

—Lo siento.

—No le pagaron las prestaciones legales, ni el preaviso ni nada.

—En todas partes son iguales.

El taxi dobló a la derecha y tomó la Avenida Jiménez. A mano izquierda Felipe vio las casetas y los toldos cerrados de los comerciantes, y más allá, escondidos en la oscuridad, algunos recicladores hacían fuego en una esquina para calentar un café y fumarse un cigarrillo de marihuana. A mano derecha los vendedores de bazuco se movían de un lugar a otro esperando la llegada de sus clientes. El taxista dijo:

—Y la policía no hace nada...

—Sí...

—Tú no eres drogadicto, ¿verdad?

—Cómo se le ocurre...

—Los vicios no conducen a nada bueno.

Ya estaban llegando. La Estación de la Sabana se veía al frente, en el costado norte de la avenida. Felipe apretó el mango del revólver con fuerza.

—Por la próxima a la derecha, por favor.